



UN FUTURO PRÓXIMO

José Manuel Granado

UN FUTURO PRÓXIMO



Primera edición: octubre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Manuel Granado

ISBN: 979-13-88411-58-8

ISBN digital: 979-13-88411-59-5

Depósito legal: M-26097-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Capítulo 1

Cuando Adom se disponía a iniciar la marcha en su canoa, un niño llegó corriendo, llamándolo a grandes voces. Apenas tuvo tiempo de amarrar de manera segura la embarcación ante la insistencia del niño, que le urgía nervioso a que le siguiera hacia el poblado. Adom sospechó de inmediato la causa de tanta premura, y su corazón se llenó de negros presagios. Era algo que esperaba desde hacía tiempo, con una certeza premonitoria que cercenaba cualquier brote de esperanza. Durante toda su vida, había luchado sin descanso por sobrevivir en ese mundo hostil que, sin embargo, era su casa, sorteando hambrunas, enfermedades, el calor insoporrible, los enjambres de insectos, la ponzoña de los animales venenosos; temiendo siempre el ataque de cualquier enemigo declarado o aún por venir. Era una vida incierta donde la felicidad parecía reducirse a breves momentos de calma en la incertidumbre constante de la existencia. Pero ahora era peor; ahora una maldición inexplicable asolaba su aldea y nadie parecía acertar con su causa o su solución. Una maldición que llegó de repente, sin previo aviso y que fue asentándose, cobrando fuerza día a día, como el caudal del río que crece tras unas tórridas lluvias lejanas, y que abandona su cauce para sembrar la destrucción a su paso.

En la penumbra de la choza vio la figura yacente de su mujer derrumbada sobre el camastro. Desde hacía días su salud empeoraba hora tras hora, sus fuerzas desfallecían, y la vitalidad exultante de la que siempre hizo gala; sus ansias de vivir arrolladoras que era capaz de contagiar a todo cuanto le rodeaba, se marchitaban

sin que nada pudiera remediarlo. Su piel era ahora de un impropio color ceniza con tenues matices verdosos, y su boca se torcía en un rictus horrible y grotesco. Adom penetró en la vivienda y le cogió la mano. Al sentir su contacto la mujer inició un amago de sonrisa, ladeó la cabeza para mirarle y cerró los ojos mientras una lágrima empezó a surcar sus pómulos. Nadie acertaba con su mal, y todos los intentos de sanación que el chamán intentó, fracasaron sin remedio. Todos esperaban ya el desenlace inevitable que podría suceder en cualquier momento; pero Adom, acostumbrado a sobrevivir en las circunstancias más adversas, no se rendía. Intentaba infundir fuerzas en su mujer con su mera presencia, con sus caricias, con su esperanza irreductible en un milagro inesperado. La tarde avanzaba y los oblicuos rayos del sol se iban retirando del umbral de la entrada. En el silencio, en la oscuridad, medio vencido por el sueño, Adom empezó a recordar.

La plaga llegó una mañana en la canícula del verano. Los hombres habían salido de caza y las mujeres se afanaban en las tareas domésticas, mientras los niños, descalzos y sudorosos, corrían y gritaban en el paroxismo de sus juegos infantiles. La vieja Amelia no había salido de su choza, a pesar de lo avanzado de la hora, y algunas mujeres fueron a buscarla alarmadas ante su ausencia. Normalmente era de las primeras en levantarse y se le veía, apenas amanecer, andando con pasos rápidos, de un lado para otro, sobre la tierra seca de la plaza. Cuando el grupo penetró en la choza pudieron ver a la vieja mujer tumbada de bruces en el suelo, inmóvil, rígida ya en el rigor de la muerte. La cara constreñida mostraba un rictus de dolor propio de la agonía, y su vientre estaba hinchado y duro. Las mujeres la depositaron sobre el camastro y dieron la noticia a toda la aldea; sin embargo, la muerte de Amelia no causó sorpresa, pues a pesar de su buen estado de salud y su vitalidad, los muchos años justificaban el fatal desenlace. Pero poco tiempo

después, empezaron a producirse nuevos casos. Primero fue un niño que desde su nacimiento había mostrado una salud delicada. Después otra mujer de mediana edad, y tras ella un hombre joven y robusto que nunca había estado enfermo. Ese fue el detonante de la alarma. Los ancianos se reunieron a deliberar, pero a pesar de todas las conjeturas, a pesar de todos los análisis, nadie pudo dar una explicación plausible a lo que estaba pasando. Aquello escapaba al entendimiento y a la sabiduría ancestral de la aldea. Decidieron al fin, que lo primero era determinar el alcance de la plaga y mandaron emisarios a visitar los pueblos vecinos. A su vuelta notificaron que la misma situación se vivía en ellos. Agrandaron entonces el radio de la búsqueda y fueron más allá de las montañas, cruzando el gran río, adentrándose en las inmediaciones del desierto. Poco a poco fueron delimitando un área en la que, desde el epicentro de su propia aldea, el mal se iba extendiendo, cediendo con la distancia en su intensidad. Los chamanes intentaron todo tipo de ceremonias y rituales mágicos para expulsar aquello que calificaron como maldición, pero nada dio resultado. Los casos siguieron aumentando y con ellos las muertes. Llegó el momento en que casi todas las familias contaban con un deceso en su seno, y la vida se tornó triste y taciturna. Las risas, los chillidos de los niños, el rumor de las conversaciones en la plaza, dieron paso a un silencio denso, implacable, solo roto a veces por los lamentos y los lloros lejanos que se escapaban por el umbral de las chozas.

Llegaron las lluvias. La tierra apelmazada y seca de la plaza se convirtió en un lodazal por el que apenas era posible transitar. La gente permanecía en sus casas y los hombres apenas cuidaban de sus tareas; no atendían los cultivos, no apacentaban el ganado, suspendieron las cacerías y pasaban el día bajo la techumbre de la casa comunal, fumando en silencio, mortificados en su impotencia. La luz parecía sucumbir bajo el océano líquido que se desplomaba desde el cielo, y la penumbra era constante en todas las horas del día. Fue entonces cuando la esposa de Adom enfermó; al principio tenuemente, no más de unas molestias, pero pronto su estado

empeoró y ya apenas podía encargarse de las tareas domésticas sin sentir al poco un cansancio profundo, un dolor agudo y persistente en los huesos, que le obligaba a recostarse y permanecer largos ratos postrada en un intento inútil por recobrar las fuerzas. A Adom se le escapaba el alma viéndola así y hacía de tripas corazón para consolarla, presagiándole una pronta mejoría con promesas frágiles como pompas de jabón. Sin embargo, todo era ya penumbra, silencio y desolación.

Apenas los primeros rayos de sol anunciaron el fin de la temporada de lluvias, llegaron los técnicos. Vinieron en dos todo-terreno, muy temprano, interrumpiendo con el rugido de sus motores el duermevela de la aldea. Eran seis, cuatro hombres y dos mujeres que de inmediato pidieron ver al jefe. Tras media hora reunidos salieron y empezaron a descargar sus equipos y montaron una pequeña carpa en un lateral de la plaza. El instrumental que portaban resultaba totalmente desconocido para los lugareños. Había matrices y pipetas de cristal, una pequeña centrifugadora metálica y jeringuillas y tubos para extracciones. A media mañana el jefe convocó asamblea y todos se reunieron en la plaza. En sus rostros se mezclaba el abatimiento, la extrañeza y una sensación incipiente de esperanza, formando un cóctel de emociones, extraño y paradójico. Primero habló el jefe para anunciar a los recién llegados, justificando su presencia. Luego, uno de los hombres, el que sin duda dirigía la operación, tomó la palabra y con voz potente y pausada les explicó que habían sido enviados por la Junta para examinar la situación y buscar la causa de la extraña enfermedad que les afligía. Dijo que ya habían visitado otros poblados y que gracias a sus averiguaciones estaban en disposición de conjeturar unas primeras hipótesis sobre lo ocurrido. Por alguna causa, que aún no podían determinar a ciencia cierta, se había producido un brote que había contaminado el

aire o la tierra, o el agua. En definitiva, concluyó, que algo en el ambiente les estaba afectando.

La explicación no dejaba de ser tremendamente genérica y ambigua, y para la mayoría de los allí presentes resultó tan vana como exigua, por lo que acabada la asamblea se esfumaron las incipientes esperanzas y volvieron de nuevo al desaliento general. Al día siguiente fueron nuevamente convocados y formaron fila ante la carpa, mientras una de las mujeres les extraía sangre que se depositaba en pequeños tubos de cristal, en los que la otra mujer colocaba pegatinas con indicaciones del nombre y la edad. Durante varias horas continuaron con el trabajo, hasta que todos los hombres, mujeres y niños habían pasado por la jeringuilla. Las mujeres fueron luego a visitar a los enfermos que no podían acudir a la carpa y en sus propias chozas realizaron las extracciones. Adom contempló cómo su mujer exánime extendía el brazo y cómo su sangre pálida y decolorada llenaba los tubos. Una de las doctoras le preguntó cuánto tiempo llevaba enferma y casi no pudo contestarle, porque le pareció que lo estaba desde siempre, desde su nacimiento, desde antes de existir la aldea con sus chozas de adobe y su plaza terrena. Le pareció que solo existía la enfermedad, pues ya casi no podía recordar los días de felicidad donde un cielo azul los albergaba bajo su bóveda protectora. Después, cuando se fueron, Adom permaneció inmóvil, con la mirada extraviada, envuelto en la penumbra de la estancia, mientras la tenue respiración de su mujer apenas era audible en el silencio compacto y espeso.

Pasados unos días los técnicos se marcharon atronando la plaza con el potente rugido de los motores de sus vehículos. Le habían dicho al jefe que en breve le darían noticias del resultado de sus investigaciones. Pero pasadas dos semanas seguían sin saber nada. Con el verano, la vida pareció volver al poblado. Los casos empezaban a disminuir y algunos de los enfermos mostraron una rela-

tiva mejoría. La mujer de Adom, obedeciendo a la tónica general, consiguió, al fin, comer la papilla de mijo sin vomitarla y hasta se incorporó del camastro, se lavó despacio en la pequeña palangana del cuarto y salió al porche de la choza. En la hora del atardecer agradeció los tibios rayos del sol sobre la cara y respiró profundo el aire limpio del exterior. Algunas mujeres fueron a saludarla, mostrando su alegría por verla mejor; y ella, acumulando fuerzas, tuvo la presencia de corresponder a sus beneplácitos y hasta participar un poquito en sus conversaciones. Había sido una de las más bellas de la aldea e incluso ahora, en la enfermedad, mostraba retazos de su antiguo esplendor. Sus ojos, negros y profundos, eran vivaces y alegres y parecían escrutarlo todo con una curiosidad infantil. Su boca carnosa y sensual se mostraba exultante y prometedora, dejando entrever unos dientes blancos y perfectos. Su cuerpo proporcionado y elegante se desarrollaba en trazos suaves a través de los senos, las caderas, las piernas, moviéndose en un andar a la vez candoroso y provocador que no dejaba indiferente a nadie. Pero ahora, con sus fuerzas mermadas por la prolongada enfermedad, apenas si podía levantarse, en la rigidez de los miembros que a duras penas obedecían a las órdenes de su voluntad.

Ahora, en la mágica penumbra del atardecer, Adom la contemplaba con ternura mientras las lágrimas acudían a sus ojos. Se giró hacia la plaza para que su mujer no viera su tristeza, para que ella se sintiera confortada en una entereza que se derrumbaba con el paso de los días y era ya tan solo un fantasma de lo que fue. Habían sido muy felices a pesar de no haber podido tener hijos, y en sus largos años de matrimonio no hubo nunca sombras de duda ni desconfianza, reproches o ausencias que se interpusieran entre ellos. En la sencillez de su vida en la aldea nada les faltó y nada echaron de menos. Adom partía por la mañana a pastorear el ganado, y por la tarde cuidaba del huerto donde crecían las hortalizas vigorosas y espléndidas en la gloria de la tierra tropical. Ella, trajinaba en la casa, preparaba la comida, bajaba al río para lavar la ropa y traer agua para sus necesidades cotidianas, siempre mostrando su eterna

sonrisa en la que se diluía la dureza del mundo. Habían oído hablar de las grandes ciudades, lejanas y mitológicas, donde la gente se afanaba en tareas que les parecían absurdas a sus ojos; sumidos en una vorágine de actividad innecesaria y frenética. El desatino de su propia existencia engendraba, como un leviatán insaciable, cada vez más exigencias, cada vez más necesidades que debían de ser satisfechas sin demora, en un ciclo que se autoalimentaba y crecía constantemente, con una deriva que solo podía conducir a la locura y la destrucción. Algunos que habían viajado hacia el norte hasta aquel mundo asombroso, les hablaron de las comodidades de las que gozaban sus habitantes, de los electrodomésticos y los automóviles, de los trenes veloces y los aviones vertiginosos; y Adom sabía que eran muchos los que se sentían atraídos por este mundo fantástico, y soñaban con cruzar los desiertos y el mar, arriesgando la vida, para llegar hasta él. En la aldea, sin embargo, aún no había cundido ese afán migratorio y la monotonía de una existencia apacible y suficiente era lo único que anhelaban sus habitantes. La tierra era fértil, el ganado crecía sano y se multiplicaba, y el bosque ofrecía caza y fruta en abundancia. Ellos no habían sufrido las sequías que asolaron las regiones más allá del gran río, trayendo la hambruna y la desesperación; ellos no se vieron inmersos en las guerras que inundaban de sangre los territorios de la gran planicie tras el desierto; y daban gracias a los dioses por ello. Pero ahora, aquella siniestra y maldita enfermedad amenaza con acabar con la felicidad de su bucólica existencia. Aquella enfermedad que vino un día sin aviso, tenaz e inmisericorde, y para la que nadie parecía encontrar un remedio. Su mujer, en el umbral de la choza, reclinó la cabeza en un sueño sin descanso y Adom contempló cómo la sombra de su cuerpo se iba alargando en el atardecer hasta hacerse cada vez más tenue, cada vez más incierta, hasta desaparecer en la oscuridad, mientras su mano, exánime, se descolgaba para quedar inmóvil sobre el suelo.

Capítulo 2

El tren avanzaba veloz por el oscuro túnel. El bamboleo de la marcha balanceaba a los pasajeros a derecha e izquierda suavemente, en un movimiento involuntario e hipnótico. Colgados de pequeñas plataformas desde el techo del vagón, los proyectores lanzaban al aire imágenes tridimensionales que quedaban flotando sobre las cabezas, mostrando paisajes idílicos de remotos lugares. Otras veces, aparecían las figuras de actores, siempre jóvenes y hermosos, que mostraban las ventajas de los productos promocionados flotando en el vacío como duendes maravillosos. Sus voces melodiosas ahogaban el zumbido monótono de la marcha. Julián podía ver cómo muchos pasajeros miraban embobados el prodigio holográfico, absortos en las imágenes que les transportaban a realidades ajenas y soñadas. Algunos optaban, sin embargo, por las gafas de pentatelevisión que colgaban de los respaldos de los asientos y que les permitían, tras sus cristales plateados, seguir sus programas favoritos aprovechando así el tiempo muerto que los viajes suponían en su quehacer cotidiano. Resultaba asombrosa la habilidad, especialmente acentuada en los individuos más jóvenes, que la mayoría había desarrollado para poder contemplar sobre una pantalla de imagen partida, diversos programas simultáneamente, siguiendo la trama de todos ellos, que para facilitar la labor resultaba siempre sencilla y sin matices. Los psicólogos y los comunicólogos oficiales no perdían oportunidad de exaltar el logro bajo la tesis irrefutable de que una mayor estimulación, a través de mensajes múltiples, potenciaba extraordinariamente la capacidad

de aprendizaje y que una sobreabundancia tal de información, bien fuera con un referente real o ficticio, conseguía ciudadanos más conscientes y capaces para afrontar los retos de una sociedad en constante y vertiginoso desarrollo. Fue por ello, que los poderes públicos instalaron los sofisticados artilugios en los vagones, en los autobuses, en las salas de espera de los hospitales, en las aulas de los colegios, ante las ventanillas de las oficinas para paliar el tedio de las largas colas. No había un instante que perder, pues lo contrario no era sino síntoma de molicie y abandono de todo punto antisocial y por tanto peligroso.

Julián, agarrado a la barra blanca que permitía a los viajeros de a pie mantener la estabilidad ante los vaivenes de la marcha, recordaba otros tiempos, tan lejanos ya, en que los pasajeros sacaban de sus bolsos libros en edición de bolsillo, generalmente best seller, que leían con avidez, ansiosos por desvelar el desenlace de una historia apasionante; u hojeaban el periódico, que crujía sonoro al doblar sus páginas amplias y rebeldes. El estallido de luz del andén le sacó de sus recuerdos. Abandonó el convoy y enfiló el largo pasillo que desembocaba en las escaleras mecánicas. Las líneas se habían construido a una enorme profundidad, sorteando los profundos cimientos de los rascacielos en una ciudad que crecía en vertical desdeñando la proximidad de la tierra. «Así se potencia la seguridad y el contacto humano» habían proclamado los pioneros del nuevo urbanismo, que también destacaban el ahorro de espacio y dinero que suponía su moderna concepción en la ordenación del terreno. «Tiempos bárbaros aquellos, recordaban, en que la gente gustaba de viviendas unifamiliares con su jardín adosado, en el que a menudo desperdiciaban horas enteras en el cuidado de plantas cuya única utilidad era el adorno pretencioso y vacuo». Ya no quedaban sino algunos pequeños barrios de este tipo de casas, que ocupaban los miembros de la clase preferente, mostrando de este modo su capacidad de sacrificio por la colectividad, al habitar aquellas viviendas inseguras e incómodas, para ahorrar en la construcción de nuevos y magníficos rascacielos a los que renunciaban a pesar de su posición preponderante.

La abarrotada escalera continuaba en su ascensión crujiendo de manera peligrosa y amenazando en cada chasquido con detenerse definitivamente. Cuando por fin Julián salió a la calle contempló el mismo día gris que despuntaba al inicio de su viaje. Corrió para guarecerse de la fina lluvia hasta alcanzar el alero de un edificio de hormigón que fue bordeando hasta que, llegando a la última arista, quedó frente a la amplia plaza donde se alzaba la compañía.

Cada mañana, desde hacía muchos años, salía a la misma hora, tomaba el mismo tren, cruzaba la misma plaza y alzaba la cabeza, sobrecogido ante la inmensa mole. Allí, tras una diminuta ventana en la lejanía de la altura, escondido en uno de los más recónditos recovecos de su intrincada fisonomía, se encontraba su despacho. Una habitación minúscula donde apenas cabía la mesa de trabajo y el armario archivador donde descansaban, en viejas carpetas de cartón que ya nadie usaba, expedientes olvidados que tal vez nunca tuvieron utilidad alguna. El tubo fluorescente parpadeaba con su luz verdosa e inquieta incapaz de proyectar sombra alguna a su paso por los objetos del escritorio, por las descarnadas paredes, por los cajones metálicos. Julián balanceaba la silla giratoria a un lado y otro suavemente sin darse cuenta, absorbido por la rutina de la costumbre. Al principio, durante los primeros años, había desplegado todo el entusiasmo de su juventud. Imbuido por una vocación inequívoca, convencido de la utilidad de su trabajo para el bien colectivo, proponía mejoras en los procedimientos de gestión, se devanaba los sesos en busca de ideas innovadoras, esbozaba proyectos ambiciosos que elevaba a sus superiores buscando su aprobación, con argumentos consistentes y una oratoria con frecuencia demasiado vehemente para el buen término de sus propósitos. Después, poco a poco, fue dándose cuenta de la inutilidad de su empeño y comprendiendo que a medida que se asciende en la escala jerárquica decrece el interés por reformas drásticas y novedosas, en la misma medida que aumenta por mantener y consolidar el mecanismo burocrático establecido. Su visión de las cosas no coincidía con la de sus superiores que a veces,

por condescendencia, admitían alguna sugerencia y le animaban en su júbilo recomendándole sin embargo prudencia. Hubo luego una etapa de desaliento que desembocó en un odio cada vez más visceral hacia la maquinaria administrativa, que se le antojaba un leviatán inmisericorde donde cualquier progreso era devorado sin escrúpulos. Sintió como el talento y la creatividad sucumbían ante el peso sofocante de la mediocridad y la rutina, a medida que las máquinas imponían la dictadura de su lógica cibernética; y al fin quedó aislado y olvidado en aquella habitación triste y oscura en la que el dorado reloj del escritorio desgranaba las horas con su latido imperturbable y eterno.

Había pasado allí media vida y ahora, próximo a los 60 años que cumpliría al cabo de dos meses, se sentía inútil y cansado. Su cabello se fue blanqueando desde las sienes, avanzando hacia la coronilla que mostraba una calva prominente como la tonsura de un monje medieval. La frente se fue arando de arrugas de rabia y desaliento, mientras las mejillas se hundían sobre los bordes de la boca formando una sonrisa invertida y trágica. Solo los ojos conservaban aún el brillo de su inteligencia frustrada y la fuerza de una mirada poderosa e inquisitiva, que con frecuencia asustaba y ponía en guardia a los que se sentían observados por ella.

En la pantalla del ordenador apareció la mujer que anunciaba la hora del desayuno. Era un rostro jovial que mostraba en su sonrisa unos dientes inmaculados y declamaba con voz cantarina siempre el mismo mensaje: «Llegó la hora de un merecido receso». Tiempo atrás, aunque más o menos muchos coincidían, cada uno tenía la libertad de ir a desayunar a la hora que le pareciera más oportuna; pero la jefatura de personal, después de un concienzudo estudio, decretó que era mejor hacerlo todos al mismo tiempo. Así, explicó un día en una videotransmisión a los empleados, se ordenaba mejor el trabajo, que todos abandonaban y retomaban simultáneamente, y se fomentaba el conocimiento entre los trabajadores, eliminando la insolidaria costumbre de desayunar en pequeños grupos de compañeros de la misma sección, que se en-

cerraban en sí mismos ignorando al resto, potenciando vínculos excluyentes e innecesarios. Desde aquel día cada mañana, indefectiblemente a las once, aparecía el rostro risueño, y se abrían a la par las innumerables puertas, para dejar paso a un río humano que apenas podía avanzar por los inmensos pasillos en dirección a las escaleras y ascensores. Julián procuraba retardar su salida para ser de los últimos en la interminable procesión, aunque ello le reportase el inconveniente de ser también de los últimos en la recogida de los alimentos en el autoservicio. Se sentía incómodo y estúpido mientras sostenía la bandeja sobre la que depositaba las viandas encerradas en cajas blancas y herméticas en pos de una higiene inmaculada. Avanzaba en la fila sin despegar apenas los pies del suelo con pasos minúsculos, acomodándose a la lenta marcha que más parecía una hilera de presos soñolienta y silenciosa. El avance se detuvo ante la irrupción inusual de dos hombres altos, de cabellos y ojos claros que vestían impecables trajes de paño gris que se adaptaban a sus cuerpos jóvenes y atléticos con una precisión ajena a cualquier arruga, a cualquier deformación improcedente. Todos se les quedaron mirando con una mezcla de admiración y asombro. No era frecuente que individuos de su clase se mezclaran con el resto de los empleados, salvo en las fiestas y conmemoraciones establecidas, que salpicaban el calendario, para exaltar alguno de los valores esenciales de la sociedad. Después de los graves conflictos que acaecieron quince años atrás y que a punto estuvieron de subvertir el orden establecido, la Junta Mundial de la Producción, integrada por representantes de las principales empresas multinacionales, adoptó medidas extraordinarias que comunicó a los diferentes gobiernos. Entre ellas se incluía el permiso definitivo para la mejora genética de un limitado número de individuos, con el fin de proporcionar líderes mejores y más capacitados para asumir el timón, siempre complejo, de la dirección social. En realidad, desde tiempo atrás, los más poderosos utilizaban esta tecnología para conseguir vástagos más sanos e inteligentes, que apartados del resto y educados en colegios y universidades de élite, fueran más idó-

neos para perpetuarlos en la jerarquía. Fue sin embargo, en aquella época cuando tal práctica pasó de una clandestinidad encubierta y permitida, a la luz de una justificación y reconocimiento colectivo. Asustados por los desórdenes, la inmensa mayoría aprobó esta medida, como todas las demás, en el convencimiento de que era lo más juicioso. La Iglesia que siempre había pregonado contra cualquier interrupción o modificación en el proceso natural de la vida, sonrió ahora la nueva alternativa, no sin garantizarse previamente que los centros educativos donde habrían de formarse los futuros líderes estarían bajo su gestión y dominio. Luego desde los púlpitos arengó a los fieles con homilías seductoras en las que exaltó la bondad de la medida y la encajó en la doctrina cristiana demostrando con múltiples ejemplos cómo las Escrituras dejaban entrever, e incluso aprobaban explícitamente este tipo de planteamiento. Así, lo que antes fue una práctica particular y vacilante, pasó a regularse desde el poder público, eliminando riesgos y normalizando los protocolos de actuación.

Los dos individuos esbozaron una sonrisa condescendiente, recogieron unos vasos de café, algunas piezas de fruta y majestuosamente abandonaron el local. Tras su marcha continuó el cansado avance de la fila, el arrastrar de pies, hasta que minutos después la misma mujer cantarina anunció el fin del desayuno con su habitual eslogan:

«Es preciso volver al trabajo. Cada uno en su puesto por el bien de todos».

De nuevo en su despacho, Julián empleó el resto de las horas en acabar el poco trabajo del día, rellenando las fichas que al final de la jornada debía entregar a su supervisor, sabiendo a ciencia cierta que irían a parar a un montón que al término de la semana sería archivado y quizá olvidado para siempre. En su juventud conocía el organigrama y los procedimientos de trabajo, dominando los entresijos administrativos, discerniendo funciones, delimitando competencias, identificando procesos; pero hacía mucho tiempo ya que aquella inmensa compañía se le antojaba una máquina in-

comprensible, inabordable, y se había rendido ante la labor ingente de actualizar su conocimiento desfasado. Hacía su trabajo sin cuestionarse su utilidad, cumpliendo fielmente las directrices que se le marcaban y cada tarde, al llegar las cinco, abandonaba el edificio, como todos, cruzando la amplia plaza y descendiendo por las interminables escaleras hacia los trenes que como parásitos veloces cruzaban el intestino subterráneo de la ciudad.

Aquel día algo le movió a romper la rutina y se apeó en una estación anterior para hacer a pie el resto del viaje. La lluvia había cesado, pero las nubes oscuras y densas tamizaban la luz, escasa ya, sumiendo las calles en una oscuridad inquietante. Las farolas eran escasas y sus aros luminosos indicaban, como islas lejanas, las entradas a los altos edificios. Entre ellos se sucedían espacios indefinibles, que en el centro de la ciudad delimitaban plazas pavimentadas, y a medida que se avanzaba hacia el extrarradio quedaban con frecuencia vacíos, ajenos a cualquier mobiliario urbano, cubiertos por una exigua alfombra de hierbecillas minúsculas y frágiles. Se veía muy poca gente. Julián sabía que ya nadie se molestaba en pasear porque esta antigua costumbre limitaba el tiempo para la pantelevisión y el metaverso, alargando innecesariamente los traslados entre el hogar y el trabajo, que eran prácticamente los únicos que la gente de su clase realizaba. Su clase constituía el segundo escalón, el más numeroso; y aunque en ella podían distinguirse a su vez diferentes niveles, todos ellos se unificaban en una estructura común. La formaban la inmensa mayoría de los empleados que, sin ocupar puestos directivos, estaban exentos de las ocupaciones manuales. Era lo que en otro tiempo se denominó clase media. Como ciudadanos del antiguo primer mundo, conservaban una serie de ventajas propias del estado de bienestar. Tenían acceso a la educación en los centros públicos, sin restricción de nivel; aunque en la práctica, fuesen cuales fuesen los estudios realizados y fuese

cual fuese la brillantez con la que se hubieran concluido, nunca podrían optar a los puestos de verdadera responsabilidad y privilegio reservados para la clase preferente. Por eso la mayoría abandonaba en el nivel medio, ahogando cualquier posible atisbo de inquietud cultural en la rutina, la pentatelevisión y la realidad virtual de un metaverso en el que cada uno podía huir de la frustración de su existencia asumiendo un papel soñado y maravilloso.

Una figura, apenas un bulto impreciso y encogido, cruzó ante él a unos metros de distancia. La aparición repentina y furtiva le obligó a detener la marcha y quedarse inmóvil, expectante ante cualquier posible acontecimiento. El gobierno siempre se vanagloriaba de la seguridad de la que ahora gozaban los ciudadanos.

«En otros tiempos —había dicho el locutor— en todos los tiempos podríamos decir, nadie podía asegurar que su vida o su bienestar no quedasen truncados por el fatídico encuentro con el delito. Los robos, las violaciones, los asesinatos estaban a la orden del día. Sin embargo, hoy estos hechos han desaparecido por completo. Nuestra sociedad goza de una seguridad completa gracias a la aplicación de las medidas de prevención. El delito, como la enfermedad, ha de eliminarse antes de que llegue a producirse. Es necesario adelantarse a los acontecimientos, no esperar a que el delincuente consume su ignominia, detenerlo antes. Y esta es labor de todos. A los primeros síntomas, si alguien observa en otro, sea su familiar, su amigo o su vecino, conductas antisociales o extrañas, ha de comunicarlo a la policía. Se tomarán las medidas necesarias y se evitarán males mayores. La acción preventiva es la seguridad de todos».

Sin embargo, Julián sintió miedo. Sabía perfectamente que una cosa eran las palabras y otra la realidad. Había vivido los últimos años del antiguo régimen y el nuevo desde su comienzo, y sabía cuánta credibilidad podía darse a las proclamas oficiales. La memoria histórica que le proporcionaban sus casi sesenta años era una ventaja individual, pero un peligro colectivo. Todos los miembros

de su generación estaban bajo sospecha, aunque esto no se reconociese oficialmente. Eran molestos para un sistema excluyente con el pasado del que nada bueno se había heredado, y del que nada quería recordar; porque ellos, los primeros viejos del nuevo orden se alimentaban más de sus recuerdos que de las promesas de un futuro del que no podían esperar más que la realidad ineludible de la muerte.

La figura quedó transformada en una sombra en la distancia, que se fundió finalmente en el telón negro de la noche. Julián reanudó el camino. Supo, sin lugar a duda, que el aparecido no podía ser sino un miembro de la tercera y última clase. Eran ellos los que realizaban el trabajo manual propio de algunos procesos productivos. Cultivaban el campo, levantaban rascacielos, transportaban las mercancías. Como sus abuelos, también ellos habían venido desde tierras lejanas en busca de una vida mejor. Y la habían conseguido, aunque sus sueños de igualdad jamás pudieron cumplirse. En los últimos años del antiguo régimen estuvieron a punto de lograrlo. Después de abolirse el trabajo clandestino, que los sometía a un verdadero estado de esclavitud, clamaron por la obtención de la ciudadanía para garantizar así la igualdad de derechos. Muchas voces les apoyaron, y empezaron a tramitarse los primeros casos, aquellos que llevaban más tiempo, o que incluso habían nacido en la nueva tierra. Pero tal situación no generó más que una expectativa nueva e irrenunciable en quienes aún no habían iniciado el viaje, por falta de medios o reticencias de uno u otro cariz. El peligro del número exhibió la amenaza que se impuso sobre cualquier otra razón, iniciando una época de regresión. Se dio marcha atrás y se blindaron las fronteras. Pero la marea humana, soñando paraísos de bienestar, se derramaba en una invasión imparable sobre los océanos y los desiertos. Era preciso buscar una solución. Las mejores cabezas se pusieron a la tarea. Hubo reuniones, congresos, informes; pero al final, como había sucedido siempre, sólo un pequeño grupo dimanado de la Junta Mundial de la Producción, dio con la respuesta y estableció los mecanismos para su aplicación.

En realidad, fue muy simple. Con su lógica clara y expeditiva buscaron primero las causas de la emigración masiva. Estas se aparecieron de inmediato. Eran evidentes. Después se pensó en qué podría hacerlas perder fuerza hasta el punto de situarlas en un segundo plano. Había que buscar en la esencia misma de la naturaleza humana, en los sentimientos más profundos y ancestrales; y al fin se dio con el odio. El odio era la solución, porque sólo el odio podía ser más fuerte que la esperanza. Eso los retendría. La lógica del discurso imponía ahora una nueva pregunta: ¿Odio hacia qué? No podía ser hacia los países receptores, pues de ser así se corría un doble riesgo: por un lado, el peligro de acciones violentas por parte de los que ya estaban asentados en ellos y por otro, la ausencia de nuevos inmigrantes, imprescindibles, en un número adecuado, para seguir manteniendo el crecimiento de la producción. No, el odio habría de ser hacia ellos mismos. Poco después empezaron las guerras, promovidas de manera encubierta o bajo la bandera de la democracia, que aprovechaban rencillas atávicas, buscaban fisuras, diseñaban conflictos en los países de origen, que se desangraban mermando su población. Todo aquel que había perdido a un ser querido, que había sufrido la vejación, que veía su identidad pisoteada por otras ajenas, buscaba la venganza antes que el éxodo a los paraísos de occidente. Julián sonrió al recordar las voces de aquellos que ofrecieron la solución alternativa de llevar el bienestar allí donde no existía. Era preciso, dijeron, que lo que entonces se llamaba el tercer mundo se desarrollase, que superase sus problemas para vencer a la enfermedad y a la miseria. Entonces ya no sería preciso que nadie se marchase porque cada cual podría ser feliz allí donde había nacido y yacían los huesos de sus antepasados. La Junta miró condescendiente la propuesta y luego pensó que era más seguro y beneficioso aplicar la ancestral receta de la guerra, que tan buenos resultados había dado durante siglos, que arriesgarse con la ingenua e impredecible solución de la paz y la fraternidad universal. Ahora, cada año eran reclutados los obreros necesarios, que vivían en sus propios barrios y a los que se

les otorgaban beneficios generosos como el derecho a la atención médica y la enseñanza hasta el nivel primario y profesional básico, que era el único que necesitaban para desarrollar sus funciones en la nueva sociedad basada en el orden y el progreso.

La isla de luz que iba creciendo a cada paso, le indicaba la proximidad de su edificio. Podía observar la claridad en cada ventana e imaginar qué estaba sucediendo tras cada una de ellas. No hacía falta mucha imaginación. Él también subió por la vieja escalera y encendió la pentatelevisión mientras sostenía sobre sus rodillas la bandeja de la cena. Ya nunca pasaban películas, ni documentales históricos o científicos; sólo espacios informativos, todos con formatos idénticos y una misma línea editorial simple y triunfalista. Las retransmisiones deportivas y los programas de participación ciudadana ocupaban el resto de la programación. En la pentapantalla Julián podía ver uno en el que una serie de ciudadanos por turno exponían sus méritos, su aportación a la sociedad durante el último año. Todos se mostraban orgullosos y exhibían amplias sonrisas intentando ganar el favor del jurado que los valoraría y declararía los ganadores. Este programa se emitía con prioridad de voz, lo que significaba que era el único que podía oírse, pues se comprobó que, aunque los espectadores podían ver diversas imágenes simultáneamente, no podían, debido a la limitación comunicativa de la palabra, escuchar más de un canal de audio, como no podían leer dos libros al mismo tiempo. Bordeando a la imagen central del concurso podían verse pantallitas donde se mostraban imágenes de un partido de fútbol, de la construcción de un nuevo rascacielos, de un centro de vacaciones para empleados, del bombardeo de una ciudad asiática por parte de un país limítrofe y enemigo, y de un nuevo cosmético que, con la técnica del antes y el después, mostraba su bondad en el rejuvenecimiento de la piel marchita.

Cerrando los ojos, Julián recordó el cine. Se vio sentado en la butaca, rodeado por la oscuridad de la que emergía, como el susurro de un viento ignoto, el respirar profundo y forzado de

un vecino asmático; absorto en el parpadeo de las imágenes, en la magia de los actores que representaban una historia inventada, quizá con más pasión y sinceridad de la que ponían en su vida real. Volvió a sentir el placer de las sensaciones, de los sentimientos exaltados por la trama, por la plástica de los planos, por la música, por lo mostrado y lo sugerido, por lo visto y lo ocultado, por los acordes y por el silencio. Él siempre fue un gran amante de lo que en aquellos tiempos aún se conocía como séptimo arte, y hasta escribió el guion de una película que nunca llegó a rodarse, tal vez, porque entonces las cosas empezaron a cambiar. Adoraba la magia de aquel artificio maravilloso que exaltó revoluciones, denunció vergüenzas, desnudó las entrañas del hombre mientras las carcajadas retumbaban en el patio de butacas o las lágrimas rodaban por las mejillas acelerando su caída hasta el remanso cóncavo de la barbilla. Todo lo evocó con los ojos cerrados y todo lo perdió cuando los párpados se desplegaron y la imagen de una mujer gorda, que proclamó triunfal el término de la confección de una alfombra de lana que adornaba ya el suelo del despacho de su jefe, llegó hasta sus retinas.

Un poco más tarde decidió acostarse. Desde muy pequeño empezó la costumbre de leer antes de dormir y ahora era incapaz de hacerlo sin los minutos previos de lectura. Los libros eran cada vez más escasos y difíciles de encontrar, y cada vez se miraban con más reticencia. Especialmente los de ficción por considerar que no aportaban en general ninguna enseñanza de cariz práctico y útil para la vida cotidiana. Abundaban, sin embargo, los manuales técnicos de ingenierías, y cada año se publicaban pequeños volúmenes para explicar las líneas de actuación del gobierno en cada una de las áreas en que se fragmentaba la vida social; u otros de más enjundia donde los filósofos ahondaban en la naturaleza de los comportamientos saludables que el nuevo sistema estimulaba en contraposición a los vicios del antiguo. Pero Julián no necesitaba de las librerías. Tenía la suya propia, forjada sobre todo en los años de su juventud donde la producción editorial era más libre y

variada; y tenía el aporte inconmensurable de Horacio. Era uno de sus pocos amigos y tal vez el único en quien confiaba plenamente. Mayor que él, se encontraba ya jubilado, no tanto por su edad, pues por voluntad del interesado y a veces por necesidades de servicio la jubilación podía posponerse indefinidamente, como por la inutilidad cada vez mayor de su trabajo. Horacio fue durante 38 años profesor de historia y pudo comprobar con desaliento cómo la importancia de una disciplina que para él había constituido el eje central de su vida, se perdía a medida que el nuevo sistema se afianzaba más en la soberbia de su futuro, desdeñando cualquier enseñanza del pasado.

«Estamos abocados al desatino y al desastre» le repetía siempre cuando la desesperación se hacía más patente, y Julián no acertaba a consolarle pareciéndole sus argumentos irrefutables, incapaz de encontrar otros que pudieran rebatirlos.

Horacio decidió al fin el retiro voluntario, cuando comprendió que no había la más mínima posibilidad de revertir aquella tendencia maligna, y que cualquier defensa más o menos vehemente de postulados contrarios le podía acarrear problemas personales. Defender la historia como fuente de sabiduría era atacar al nuevo sistema en el que el olvido era un pilar esencial. La prudencia aconsejaba por tanto un tiempo de silencio y de anonimato.

Julián recordaba las palabras de su amigo y se daba cuenta de que hacía mucho tiempo que no le veía. Del viejo armario, donde del vigor vegetal del árbol que lo hizo posible, no quedaba sino la huella de un nudo retorcido y oscuro en la pulida lámina de madera, extrajo una novela de tapas verdes ajadas por el roce de los dedos y el polvo de los años. Después se metió en la cama prometiéndose llamar pronto a Horacio y sin entender cómo fue posible una ausencia tan prolongada. Sus ojos recorrieron con deleite las líneas trazadas en las páginas como raíles de un tren que prometía el viaje a un lugar ancestral y mágico, ajeno a las gafas de pentatelevisión y a los artilugios holográficos. Unos raíles que, en el umbral del sueño, mientras la novela caía suavemente de su mano vencida,

le transportaron a las inmensas llanuras de Tartaria donde los jinetes, a lomos de caballos pequeños y veloces, jugaban a atrapar el viento en galopadas insensatas y épicas.